

Scripta Nova

REVISTA ELECTRÓNICA DE GEOGRAFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Universidad de Barcelona. ISSN: 1138-9788. Depósito Legal: B. 21.741-98

Vol. XVIII, núm. 493 (33), 1 de noviembre de 2014

[Nueva serie de *Geo Crítica. Cuadernos Críticos de Geografía Humana*]

CONFIGURACION URBANA, HÁBITAT Y APROPIACIÓN DEL ESPACIO

Emilio Martínez

Universidad Complutense de Madrid

Configuración urbana, hábitat y apropiación del espacio (Resumen)

El pensamiento de H. Lefebvre está considerado como uno de los más sugerentes de la sociología urbana moderna. La actualización de la que viene siendo objeto requiere ligar entre sí las múltiples dimensiones de su argumentación, sus recorridos intelectuales, para alcanzar así un núcleo teórico coherente. En este sentido, su perspectiva sobre el habitar y la apropiación del espacio complementa y amplía las investigaciones sobre la producción del espacio y se encuentra ligada estrechamente a su crítica de la cotidianidad y al proyecto de reconstrucción del materialismo dialéctico. A partir de estos materiales es posible abordar una visión global de la teoría urbana de H. Lefebvre sobre la complejidad de la ciudad, de la vida social y de la configuración urbana.

Palabras clave: Planificación urbana, Hábitat, Habitar, Apropiación del espacio, Urbanismo moderno, Lefebvre, Marxismo urbano, Cotidianidad, Alienación, Capitalismo, Estado.

Urban configuration, habitat and appropriation of the space (Abstract)

Henry Lefebvre's thinking about the city and the urbanism has been considered as one of the most significant contribution for the modern urban sociology. His theory on the appropriation of the space, which follows and completes that one of the production of the space, is deeply linked to Lefebvre's daily-life studies and his reconstruction of the dialectic materialism theory. This article proposes a brief but global view of Lefebvre's urban theory extremely useful to deal with and understand the complexity of the city, urban fabric and the urban life.

Key Words: Town planning, Habitat, Dwelling, Everyday life, Modern urban theory, Alienation, Capitalism, State.

Las investigaciones realizadas por Henri Lefebvre al frente del Instituto de Sociología Urbana (ISU) así como en aquellos escritos que comprenden el “momento” urbano del autor¹ contienen numerosas referencias a la *apropiación del espacio*. Aunque su anclaje teórico es muy anterior –ya aparece en sus enunciados sobre el materialismo dialéctico y en sus tesis sobre la cotidianidad–, en tanto que vector crítico presente en el conjunto de su reflexión sobre la sociedad urbana es posiblemente una de las más estimulantes contribuciones lefebvrianas al propósito del urbanismo y del estudio de la articulación entre el espacio, la configuración urbana y la vida social. No se trata por lo demás de un vector ajeno al de la *producción del espacio*, más conocido y desarrollado, pues ambos están intelectualmente vinculados en el análisis global de las relaciones sociedad-espacio y en el más específico de la mediación “uso habitante/espacio planificado”. Y lo están asimismo cuando se advierte que la apropiación espacial designa básicamente el conjunto de prácticas sociales que confieren a un espacio determinado las cualidades de un lugar, de una obra. La apropiación exige en todo momento una producción, la necesidad y el deseo de hacer².

La finalidad de este trabajo es avanzar sobre las reflexiones lefebvrianas relativas al habitar y a la apropiación del espacio, enmarcándolas en su perspectiva teórica y perfilando sus implicaciones operativas y transformativas, siempre en relación –una relación conflictiva– con los designios que desde el poder (político, económico, intelectual) pretenden dominar el proceso de producción del espacio urbano y fijar unívocamente las prácticas de sus moradores.

Respecto a la noción de apropiación espacial se advierten ciertamente interpretaciones muy variadas. No siempre son reconocibles en la óptica fijada por el autor, que pivota de manera significativa en torno al análisis de las contradicciones de la sociedad moderna y las posibilidades de una transformación emancipadora. Siempre es posible aludir las connotaciones negativas del acto de tomar abusivamente para sí una cosa, una forma de apropiación negativa bien apreciable en las prácticas de algunos agentes sociales (sector inmobiliario, empresas, burguesía, élites, etc.) cuando se hacen, de grado o de fuerza, con lugares privilegiados por sus valores sociales, paisajísticos o simbólicos (centros urbanos, espacios naturales, barrios con encanto, etc.). Y de ahí referir su némesis: contra-apropiaciones a modo de resistencias o apropiaciones espontáneas, afirmaciones por parte de grupos periféricos, marginales o simplemente usuarios. No faltan manifestaciones en ese sentido en la obra de Lefebvre, pero el repertorio en este campo es mucho más amplio. Y así todavía unas veces se invoca dicha apropiación para referir la forma simbólica por la cual un conglomerado de individuos podría devenir comunidad sobre una referencia territorial compartida (como en el maffesoliano “*le lieu fait le lien*”); otras veces, en cambio, el reclamo de la apropiación no es emocional ni volitivo sino meramente retórico: conjura las virtudes de un compromiso ciudadano mediante su participación en el diseño y definición de un espacio concreto (vecindario, barrio, plaza, desarrollo urbanístico, etc.). Si en el primer sentido hay algo de ilusorio, en el segundo sobrevuela el simulacro: un artificio de democracia urbana activa, pero bien contenida en sondeos y cauces inocuos, conforme a cuestiones predefinidas. Aunque algunos deriven estos y otros sentidos similares de su literatura, e incluso cuando se constate su presencia a título paradójico, no hay que confundirse al respecto: no existe nada parecido al fetichismo de la comunidad ni el autor guarda confianza alguna en procesos que pudieran excluir la manifestación espontánea de la práctica social y política (del espacio).

¹ Martínez, 2013, p. 34.

² Lefebvre, 2013 p. 424.

En esa dirección apunta el concepto de apropiación del espacio, que se presenta como un horizonte de transformación social, lo que incluiría necesariamente el sentido de la producción del espacio y del hombre mismo en dicha actividad. Así pues, conviene ceñir y contextualizar el significado profundo y el estatus crítico otorgado por Lefebvre a la noción de “apropiación del espacio”, desde su engarce teórico a las derivaciones, implicaciones y eventualmente contradicciones operativas. Tal propósito exige una recomposición de la perspectiva analítica lefebvriana y requiere igualmente la exégesis de sus textos. De ese modo parece viable alcanzar el núcleo de una coherencia teórica en lo relativo al sentido que procura Lefebvre a la *apropiación del espacio*, y que se anuda a:

- Su concepción dialéctica de lo social y de la historia;
- La crítica de la vida cotidiana y las nuevas formas de alienación en el mundo moderno;
- La crítica del urbanismo y sus investigaciones sobre el espacio y el habitar.

Es sobre este último punto, en el que desembocan los análisis lefebvrianos citados, en el que centraremos nuestra exposición, situando el análisis en la interacción creativa de los procesos sociales y las formas espaciales, discurriendo así por los mismos caminos de su argumentación, conformada desde una perspectiva marxiana en la articulación crítica de la teoría social y urbanística.

Una última observación respecto a algunas especificaciones urbanísticas que aparecerán a lo largo del texto. Dada la amplitud y alcance de la literatura lefebvriana, en concreto la relativa al espacio y la ciudad, en aras al conocimiento de la significación de los procesos y contradicciones concernientes al habitar y a la apropiación espacial, las referencias al urbanismo funcionalista resultan ineludibles. Obviamos, pues, otros ejercicios de configuración socioespacial y otros momentos históricos. La arquitectura moderna (nivel micro) y el urbanismo funcionalista (nivel macro) se habían erigido en ese tiempo como la teoría y práctica de referencia en la configuración del espacio, perfilando una completa “programática” sobre el destino de la ciudad y de la vida social en ella. Además, por sus intervenciones, proyección y capacidad para concebir un plan global de intervención, este urbanismo se antojaba el instrumento por excelencia de la estrategia capitalista y estatal de producción y dominación del espacio (de ahí su acomodo para con el Estado, el capitalismo de Estado y el socialismo de Estado). En esa óptica se presenta la crítica lefebvriana al urbanismo funcionalista, que coincide en el tiempo con otras elaboradas bien desde el marco especializado del urbanismo y la arquitectura, bien desde una variedad de aproximaciones - tanto empíricas como ensayísticas- de las ciencias sociales, el arte y la filosofía. Aunque puedan observarse paralelismos y coincidencias en varios aspectos de su contenido, la lefebvriana es una crítica que tiene su propio desarrollo y coherencia en el marco de (a) una renovación del marxismo, no dogmática, llevándolo a esferas de realidad nuevas, como la cotidianidad y el urbanismo; y (b) una reflexión de amplio alcance sobre los rasgos y tendencias dominantes de la sociedad contemporánea, un ánimo que lo vincula a las mejores tradiciones del pensamiento sociológico.

Sobre el concepto de apropiación en la antropología marxista

La reconstrucción del materialismo dialéctico reclamaba para Lefebvre la necesidad de enfrentarlo a las contradicciones del mundo moderno: el desarrollo del neocapitalismo, la deriva del “socialismo real”, la extensión de la dominación del Estado, el imperio de la

racionalidad tecno-económica, la pérdida de referentes humanos, la mutación economicista del proletariado, las manifestaciones ideológicas, el conocimiento científico y en especial las nuevas formas de la alienación alumbradas en la sociedad técnica, racionalizada y urbana moderna. Es precisamente en esta problemática donde habría de disponerse la referencia lefebvriana a la apropiación (del espacio), cuyo sentido remite plenamente a la antropología marxista. En concreto está anudada a la argumentación sobre el desarrollo de la potencialidad humana, la construcción del hombre como ser específico y la relación de éste con la Naturaleza, en contigüidad semántica con tres constructos hegelianos adoptados por Marx tras operar una transformación de su sentido: exteriorización, objetivación y alienación³.

Esta lectura prolonga la obra no fragmentada de Marx -su antropología y el estudio de las estructuras-, reforzando la perspectiva dialéctica y humanista en tanto que análisis de la práctica social. Es una opción intelectual comprometida en el debate teórico del marxismo y en especial del comunismo francés en que milita el autor hasta su exclusión⁴. Pero sin la teorización sobre la alienación y sin la referencia dialéctica, el materialismo y la crítica de la economía política (incluida la del espacio) podrían no comprenderse en su totalidad, adoptando la forma de una teoría del fetichismo. En consecuencia, para situar la cuestión en la reflexión lefebvriana resulta indispensable remitirse a la consideración marxista –bien presente en *La Ideología Alemana* y en *Los manuscritos de economía y filosofía*- según la cual el desarrollo humano es un proceso histórico autopoiético: como productor del mundo, el hombre es también producto de su creación.

En efecto, el hombre se define por una praxis que crea, descubre y conoce. A la transformación del ser natural en el proceso de creación y dominio de la naturaleza y de la propia vida social, Marx lo denomina apropiación, por eso el término comporta carácter de unidad, de totalidad. En el pensamiento de Marx el sentido de la apropiación (que se opone a la propiedad) se aproxima a lo que sería lo *propio* del hombre, el hacer, que –en obediencia ilustrada- no concede una discriminación entre dominación y apropiación⁵. Sin embargo, bajo el capitalismo se evidencia una desarticulación aciaga entre producción y dominio del mundo (de la naturaleza y de la vida social), de un lado, y la apropiación, de otro. El hombre ya no es lo que produce, su yo exteriorizado no es reconocible en el mundo objetivado de las cosas, que se le enfrenta como un universo ajeno. Hay dominación pero no apropiación, que daría sentido a todo el proceso, al reconocerse el hombre en la obra creada y en el Otro⁶.

Cotidianidad, alienación y urbanismo

Esta temática se presenta con un vigor renovado en el estudio de la cotidianidad urbana moderna, cuya exploración constituye una de las apuestas más arriesgadas y representativas de la reconstrucción del pensamiento marxista por parte de Lefebvre: lo rescata de su reclusión teórico-práctica en el ámbito del conflicto capital-trabajo y de sus debates internos específicos para llevarlo al encuentro de contextos que Marx no pudo conocer. Y reclama su tradición propiamente al avanzar por un conocimiento que se presta poco a una solícita pureza epistemológica para volcarse sobre todo en su valor crítico. En ese sentido la posición lefebvriana presenta un claro paralelismo con la lectura de los frankfurtianos respecto al

³ Grauman, 1975.

⁴ Al respecto véase Martínez, E. Bio-bibliografía de H. Lefebvre, *Urban*, NS02, 2011-12, p.7-13

⁵ Lefebvre, 2013, p. 213.

⁶ Lefebvre, 1971.

estatuto objetivista del conocimiento, pues los saberes establecidos se sitúan en un marco de valores clasificados jerárquicamente y no son del todo ajenos a operaciones de legitimación de las instituciones sociales que crean y mantienen el orden social.

Para animar la intuición marxista Lefebvre introduce nuevas esferas de existencia donde analizar la reproducción de las relaciones sociales –la cotidianidad y lo urbano- y las categorías de análisis correspondientes: lo repetitivo, lo reproducible, el espacio, la urbanística. En los volúmenes de *Critique de la vie quotidienne* lo cotidiano se presenta frente a la filosofía como objeto paradójico: lo no-filosófico, mundo real frente a mundo pensado. Su escrutinio, su valorización teórica, su rehabilitación de lo vivido es una vieja aspiración que cautiva a Lefebvre desde sus contactos con los surrealistas y sus primeros escritos en *Philosophies* y *L'Esprit*⁷: superar la alienación filosófica -una verdad sin realidad, ausente y distanciada de la vida- para centrarse en la práctica sensible, remontando por igual la alienación cotidiana –una realidad sin verdad aparente-.

En la cotidianidad moderna, en efecto, se presentan nuevas modalidades de alienación propias de la racionalidad tecno-urbana: alienación tecnológica, política y urbana (desorientación, segregación, cosificación y funcionalización de la existencia). Como lugar geométrico donde cristalizan y convergen problemas inherentes a la (re)producción de la existencia social y de sus formas de conciencia, lo cotidiano –que “no es todo, pero no es nada”- se presenta en el programa lefebvriano como ámbito privilegiado para indagar las contradicciones de la sociedad contemporánea: los gestos rutinarios, los constreñimientos, las imposiciones, los determinismos segmentados; pero asimismo lo singular frente a lo repetitivo, la innovación, las emancipaciones y apropiaciones parciales de la vida real del sujeto. Y así aparece perfilado el objetivo metamarxista (metafilosófico) de comprensión y transformación del mundo, expresado en la noción de apropiación (cognitiva y práctica): liberar las virtualidades de lo cotidiano podría restablecer el derecho de apropiación, rasgo característico de la actividad creadora, por la cual la producción y la dominación del entorno se convierte en obra, para y por la actividad humana y el valor de uso.

La vida cotidiana permanece envuelta en una atmósfera ambiente de dominación programada. Bajo el peso de una aparente lógica técnica y racional, las necesidades y los deseos son manipulados por la publicidad y la planificación económica. Un completo instrumental ideológico extiende y consolida un estado de enajenación por el cual los sujetos se precipitan gratamente en inversiones ideológicas características. Así, no realizándose en el trabajo el hombre ambiciona poder lograrlo en el consumo, pero se antoja puro espejismo: la realización del ser nunca consumada. Lo mismo sucede en el ocio (productivo) y/o en la búsqueda de una privacidad sublimada que resulta al cabo mero aislamiento y pérdida de sociedad. Atomismo social y conciencia mistificada corren a la par en la denominada “sociedad burocrática de consumo dirigido” donde se anula la diferencia entre la conciencia regida desde fuera y la conciencia que se dirige a sí misma, “donde el interior no es más que el exterior investido y disfrazado, interiorizado y legitimado”⁸. No obstante, la experiencia histórica (el cambio social), la obediencia dialéctica (construcción por negación) y el recurso del método *transductivo* (pensar lo posible) ahuyentan en Lefebvre el pesimismo ontológico característico de las críticas culturales al que parecía emplazarle su juicio. Todo lo contrario; como en el

⁷ *Philosophies*, 1924 y *L'Esprit*, 1926.

⁸ Lefebvre, 1984, p. 181.

poema de Hölderlin (*Patmos*: “allí donde está el peligro crece lo salvífico”), la cotidianidad contiene en sí misma la posibilidad de rupturas y emancipaciones, de trayectorias novedosas, el paso de una praxis mimética a una praxis innovadora. La cotidianidad no es sólo el espacio-tiempo donde se encuadra todo lo insignificante, sino que es presentado como la instancia trascendente donde efectuar la apropiación del mundo por parte del hombre, ese *homo quotidianus* que se antoja nuevo sujeto de redención, relevo del proletariado como actor histórico de la autogestión generalizada (y después, de la sociedad urbana, del derecho a la ciudad).

Esta iniciativa intelectual -manifiestamente subjetivista por cuanto introduce al sujeto en el hacer y el devenir-, orienta el discurso lefebvriano y la misma praxis hacia un espontaneismo incierto que presenta como potencialmente liberador. Ahora bien, siempre susceptible de verse asaltado, anulado o conformado por los agentes y las determinaciones sociales de la cotidianidad programada -presiones, instrumentos de dominación e ideologías disuasorias-. Entre ellas hemos de considerar las que introduce la ordenación urbana -la ideología y práctica urbanísticas- con su falsa equivalencia entre el hábitat y el habitar, como una ampliación del conflicto perpetuo entre todo cuanto explícita y/o implícitamente reprime el desarrollo del hombre y la voluntad de éste para emanciparse.

En efecto, el urbanismo moderno se antoja en este punto un versátil instrumento (económico, político e ideológico) que se administra con audacia en la reproducción de las relaciones sociales. Actúa en dos vertientes entrelazadas: en el orden económico (la configuración urbana al servicio de la extensión de los beneficios privados, del valor de cambio del espacio; lo inmobiliario como circuito de la acumulación y circulación del capital, la ciudad como depósito de capital fijo al servicio de la empresa) y en el orden moral y cultural (superestructura ideológica: ejercicio sutil de dominación, activador y ejecutor de coacciones, normalización de modos de vida, aislamiento y funcionalización de los habitantes). ¿Puede lo urbano, en consecuencia, erigirse como soporte y *médium* de una resistencia efectiva y virtualmente victoriosa frente a la cotidianidad programada, tal como lo proclama Lefebvre? ¿Etapa de superación de un complejo alienante donde el Otro resulta cosificado y el sujeto reducido a figurante de un orden superior y ajeno? El discurso lefebvriano presenta la ciudad como el *topos* donde se condensan los procedimientos técnicos, económicos y políticos de dominación de la vida social, pero es lo urbano como virtualidad (la sociedad urbana) donde el "habitar" activo y combativo podría verificar la emancipación colectiva, la ciudadanía plena y la apropiación del espacio como superación de la alienación social.

Urbanismo, política del espacio y control social

En “Les nouveaux ensembles” y en la *Introducción a la modernidad*⁹, cuando ya era evidente el rumbo e intensidad de la urbanización del territorio en plena fase expansiva de la economía occidental, Lefebvre apunta hacia una cuestión que recorre el conjunto de su reflexión sobre el fenómeno urbano: la representación mistificadora del urbanista como moderno demiurgo; y asimismo, pese a la altivez mostrada, su papel como simple ejecutor de un orden superior. En suma, la planificación urbana como un momento de la producción del espacio, y no el más sublime. La configuración de nuevos asentamientos –Monreaux, Pessac o el proyecto *Die neue Stadt* de Zurich, por ejemplo, cualquier barrio periférico o espacio público de no importa

⁹ Les nouveaux ensembles”, 1960 y en la *Introducción a la modernidad*, 1970

qué ciudad europea-, planeados bajo el arbitrio de una razón soberbia y su grafismo aséptico, responden en términos filosóficos a la voluntad de crear una vida social igual o superior a la que surge de la historia. Dominio e invención de la vida se trasmutan. Sin embargo la práctica y la ideología urbanísticas reducen y uniforman la ciudad –continente y contenido- trocándola en parodia de la vieja promesa grecolatina (cuna de la civilización, sede de la innovación y afirmación poética del hombre). La ciudad como obra, lúdica y funcional a un mismo tiempo, dinámica y creativa, es esquemáticamente reducida a simple agregado de dispositivos monofuncionales según una concepción instrumental (la ciudad como herramienta de trabajo). Opera en efecto según una metodología de reducción ante la complejidad, procedimiento científico que convierte en servidumbre alcanzando el reduccionismo: descompone, fragmenta, aísla, establece jerarquías para finalmente enlazarlas en un sistema único preconcebido.

En un primer nivel de evaluación se advierte el despliegue sobre la ciudad de un ingenio superior, ordenancista y operacional, que paradójicamente se afirma negando la ciudad y su vida social. Sofocado en un rigor técnico en nombre de la habitabilidad, el medio urbano deviene inhabitable: módulos, estándares, umbrales, modelización. En este punto Lefebvre coincide con esa crítica social y humanista de segundo grado (F. Choay) que impugna la configuración espacial fundada sobre la razón analítica y sobre un imaginario pretendidamente exquisito pero impudicamente distanciado respecto a los no iniciados. Es el código sabio de la Bauhaus y de Le Corbusier, que responde a una concepción unitaria del espacio urbano y de su configuración formal. Este urbanismo instituye una asimilación inequívoca entre espacios de prácticas y prácticas espaciales, entre el espacio concebido y el espacio vivido, encubriendo las diferencias y los conflictos mediante la ilusión de la coherencia y la transparencia. En ese sentido se comporta como una ambiciosa filosofía de la ciudad en la cual la operación propiamente ideológica consiste en el paso de lo parcial a lo global, de lo relativo a lo absoluto, del análisis a la síntesis. La configuración urbana incorpora una lógica de la visualización (verticalidad del Poder) a la que se añade la metonímica que va de la parte al todo (cajas para habitar), la tautología absoluta por la cual el espacio contiene al espacio (la caja encaja en la caja) y la metaforización mediante imágenes propuestas que sólo responden a las de su propio imaginario¹⁰. La ideología de la integración jerarquizada se transparenta en la construcción material del escenario urbano moderno y en la determinación del contenido funcional. Ante ello el pensamiento crítico no puede sino cuestionar las representaciones mistificadoras y el criterio positivista por el cual el experto agota en este espacio abstracto las funciones urbanas, resuelve su rango y sus conexiones en el espacio-tiempo.

En un segundo nivel llama la atención el encaje del alegato técnico en el *statu quo* del orden neocapitalista (capitalismo de organización) y la dominación del Estado. “En el espacio del poder, el poder no aparece como tal sino enmascarado como organización del espacio. Suprime, elude y evacua todo cuanto se le opone, mediante la violencia inherente y si ésta fuera insuficiente mediante la violencia expresa”¹¹. El espacio abstracto en que operan conceptualmente no deja de ser un espacio instrumental en lo práctico: manipulado por los tecnócratas en nombre de una “ordenación del espacio” al servicio de la estrategia capitalista de acumulación de capital (el espacio como mercancía) y la reproducción de las relaciones y divisiones sociales. A la vez homogéneo y fragmentado, este espacio responde siempre a un

¹⁰ Lefebvre, 2013, p. 153.

¹¹ *Ibidem*, 2013, p. 356.

orden moral y político, congruente con el Logos que le da origen: a la vez que clasifica, hace inventario y dispone en nombre del saber y la razón, describe, prescribe y proscribire. Como espacio dominado se opone a la apropiación salvo si se presenta en su forma negativa, la propiedad.

"Los urbanistas parecen ignorar o desconocer que ellos mismos forman parte de las relaciones de producción. Creen dominar el espacio y únicamente ejecutan. (...) Disimulan sus rasgos fundamentales, su sentido, su finalidad. Bajo una apariencia positiva, humanista, tecnológica, esconden la estrategia capitalista: el dominio del espacio, la lucha contra la disminución progresiva de los beneficios, etc. Esta estrategia oprime al 'usuario', al 'participante' o al simple 'habitante'. Se le reduce no sólo a función de habitar (a la habitación como habitar) sino también a la función de comprador de espacio que realiza la plusvalía."¹²

Aunque las referencias que se esgrimen en la exposición lefebvriana son siempre muy variadas, correspondientes a los saberes y disciplinas múltiples que moviliza, en este caso se manifiestan con nitidez dos potentes tradiciones de pensamiento que emplea en el análisis de la configuración del espacio urbano, de un lado, y el del conflicto entre dominación y apropiación, de otro: la típicamente marxista, en torno a la producción mercantilista del espacio, la racionalidad económica presente en la ordenación urbana (valor de cambio/valor de uso, producto/obra) y en la dominación estatal burocrática; y la nieztscheana, articulada en el conflicto Logos-Eros, esto es, entre una razón analítica que depura y fragmenta, y aquellos impulsos encaminados a salvar las divisiones, la separación entre obra-producto, entre lo repetitivo y lo diferencial¹³. El espacio urbano sometido a la racionalidad del funcionalismo no deja lugar a la expresión del deseo ni a lo transfuncional (representado por el monumento, expresión de la creatividad colectiva) ni mucho menos a lo multifuncional (expresado en la calle, donde brotan y se despliegan funciones no cifradas por los expertos: informativa, simbólica y estética). ¿Dónde queda lo lúdico, la vida caótica y desordenada que es también vida? El urbanismo funcionalista segrega las actividades y la población en un orden abstracto, productivo (*zoning*, isotopías geométricas, equivalencias en el mercado del suelo) y de dominación (control del espacio y de sus usuarios). Al cabo del tiempo esa dominación e invención de la vida ha destruido la esencia de lo urbano, la centralidad, el encuentro y lo imprevisto.

Con esta argumentación sobre el determinismo ambiental y la orientación normalizadora en el medio urbano, Lefebvre amplía intencionalmente el problema de la apropiación hacia el dato espacial: la apropiación del espacio como un momento (virtual) en el tránsito hacia la superación de la dominación y alienación del hombre en las sociedades modernas. Si en la creación de obras-productos el hombre se crea a sí mismo, si la "cosa" creada -como precisara Marx- encierra y oculta las relaciones sociales y la intensidad de la vida humana, no puede bastar con dominar la naturaleza y la vida social, hay que apropiarse de ellas. Apropiarse del espacio se presenta, entonces, como un acto complejo pero necesario de la apropiación de la vida misma. Y sin embargo ¿cómo apropiarse de un espacio en cuya definición apenas participa el hombre cotidiano, igualmente descompuesto y funcionalizado? Alienado en el trabajo, ¿acaso no lo está en el consumo, en el ocio, en el barrio y en la vivienda que se concibe como una "máquina para vivir" repetitiva y hostil? ¿Cómo pensar en la apropiación de un espacio planteado como un marco mínimo impuesto y construido para ellos sin su concurso? Aquí se inserta la noción marxista de ideología y también la tarea asignada por

¹² Lefebvre, 1972, pp. 159-160.

¹³ Lefebvre 2013, p. 423.

Lefebvre al pensamiento crítico de inhabilitar el discurso ideológico, poner de manifiesto sus lógicas subyacentes (de la sociedad industrial y la dominación). La ideología urbanística, que se declara ciencia, no sólo sirve a la legitimación de la coerción, procurando un envoltorio técnico aséptico, aparentemente neutral en el tratamiento de las formas, funciones y estructuras, sino que contribuye también a definir una hegemonía, un modo de vida normalizado, comportamientos sociales y prácticas concretas en el espacio propuesto.

"Tan sólo los poseedores de una ideología llamada economicismo pueden concebir esta vida urbana a partir de la producción industrial y de su organización. Tan sólo los partidarios del racionalismo burocratizado pueden concebir esta realidad nueva [la sociedad urbana] a partir de la composición del territorio y de la planificación"¹⁴.

La expectativa de transformación descansa en la praxis humana (actividad creativa): es la vida social la que otorgaría su carácter y significado al espacio construido, fuere en los espacios públicos (la calle, plazas, monumentos, centros urbanos) fuere en los privados y/o en la articulación de ambos. Buen ejemplo de ello lo encontramos en la acción de los moradores del barrio construido por Le Corbusier en las afueras de Burdeos, Pessac, quienes en vez de introducirse en el continente del modo previsto, lo recrearon, modificándolo y habitándolo activamente.

"¿Qué pretendió Le Corbusier? Una realización moderna; considerar las realidades económicas y sociales; crear un hábitat habitable y poco costoso; proporcionar un receptáculo en el cual instalar su vida cotidiana. En resumen, el arquitecto-urbanista quiso servir lo funcional determinado por razones técnicas y concibió un espacio geométrico, compuesto de cubos y aristas, de vacíos llenos, de volúmenes homogéneos. (...) Y los habitantes ¿qué han hecho? En lugar de introducirse en ese receptáculo, y adaptarse pasivamente han habitado activamente (...); han construido un espacio social diferenciado."¹⁵.

Habría que considerar pues la existencia de dos lógicas enfrentadas en este proceso. Una, primera, relativa a la configuración espacial regida por la razón industrial y política, bien articulada en la prescripción del hábitat, los módulos, los estándares, las divisiones funcionales del espacio urbano. En segundo término y opuesta a la anterior, una estrategia relativa a la apropiación del espacio, fundamentada en el valor de uso y el simbolismo del espacio, en el acto de habitar, esto es, en la capacidad de los usuarios-ciudadanos para crear un espacio diferencial. Éste sería posible, como horizonte de acción, partiendo de la base, de abajo arriba, desde el nivel de la vida cotidiana desplegada en el ámbito de la morada hasta la ciudad en su totalidad (barrios, calles, plazas, monumento...) como derecho a la ciudad. Inversión del orden establecido, pues.

Poética del habitar y apropiación del espacio

Dejemos al margen la vertiente política, revolucionaria y autogestionaria que ronda la formulación del derecho a la ciudad. Ha sido abundantemente tratada en la literatura sociológica, geográfica y urbanística; y recientemente ha conocido interesantes debates y monográficos sobre sus pretensiones, ilusiones, decepciones y abusos¹⁶. Tomemos la cuestión

¹⁴ Lefebvre, 1984, p. 230.

¹⁵ Lefebvre, 1975a, p. 219.

¹⁶ Vid. D. Harvey, *Ciudades rebeldes. del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Madrid: Akal, 2012; *Espectros de Lefebvre, Urban*, NS02, 2011-12; y por último el muy interesante debate cruzado entre Horacio Capel y Jean Pierre Garnier en *Scripta Nova*, vol. XIV, nº 353 (1 y 2), 2011.

más básica pero relacionada de la apropiación del espacio en su nexos con el habitar y de ahí con la cotidianidad.

En términos generales el abordaje de este tema no permanece confinado en la obra de Lefebvre; puede seguirse en un haz de investigaciones etnológicas, socio-psicológicas y culturales contemporáneas. De hecho en 1975 se celebró un congreso internacional en Estrasburgo bajo ese lema, dando cabida a aproximaciones múltiples procedentes de diversas disciplinas. Lefebvre, ya retirado, no participaba en el encuentro, aunque sí algunos de sus antiguos discípulos del ISU y la Universidad de Estrasburgo y Nanterre. Entre las aportaciones más interesantes con las que el planteamiento de Lefebvre posee cierta afinidad –pero volcadas en las dimensiones operativas, en el terreno de los actos- encontramos las exposiciones de N. Haumont, A. Haumont, la fenomenología de P. Sansot y la etnología de Chombart de Lauwe. Los dos primeros forman parte del equipo que investigó con Henri Raymond al frente e inspirados en Lefebvre (que más o menos está detrás del trabajo y al frente en su presentación pública) el *habitat pavillonnaire* (1960). Y todos comparten esa preocupación por el despliegue de la vida cotidiana, la vinculación afectiva y simbólica del grupo con los espacios cotidianos (preferentemente el de la vivienda), la forma en que se enfrentan los espacios objetivos materiales (lo construido, en clave funcional) desde las representaciones y vivencias del espacio subjetivo, el del sujeto¹⁷. Una misma vocación la hayamos en M. de Certeau, P. Mayol o en la psicología espacial de Moles- Rohmer. A pesar de las diferentes perspectivas analíticas, hay un mismo interés respecto al despliegue de los procesos socio-psicológicos implicados en la apropiación espacial, procesos relativos a las prácticas del y en el espacio, a los usos, percepciones y representaciones en y del espacio.

No obstante, las proposiciones lefebvrianas parecen más ambiciosas en el plano teórico del análisis espacial y del cambio social, eludiendo una concepción mecanicista y directa de la vinculación espacio-sociedad. Como hemos visto, su disposición intelectual tiende hacia la recuperación de la multidimensionalidad del espacio urbano, en orden a una reelaboración del concepto de espacio social (y de la ciudad) frente a las normalizaciones de corte económico, político y estético. Desde la crítica de la ideología y la práctica urbanísticas, el examen de la apropiación del espacio responde al esfuerzo teórico de aprehender un campo de relaciones complejas tendentes a rehabilitar el valor de uso del espacio y su significación como obra frente a los significados y maneras inherentes a la producción, dominación y representaciones espaciales propuestas por los tecnócratas. En ese sentido considera que “en y por el espacio la obra puede atravesar el producto, el valor de uso puede dominar el valor de cambio: la apropiación, invirtiendo el mundo, puede dominar la dominación.”¹⁸

Atendamos en primer término la falsa equivalencia entre el habitar y el hábitat (pura abstracción funcional), un desplazamiento engañoso que se gesta en el propio curso del establecimiento del espacio abstracto. Mientras que el hábitat se sitúa en un plano morfológico, descriptivo y normativo (módulos y modelizaciones), mientras define un espacio dominado y de dominación predominante (el *lugar de habitación*), el habitar se resuelve en su propio despliegue rutinario, creativo y múltiple. Y aquí se vincula con el concepto de apropiación en un sentido similar al que manejaba en las reflexiones sobre la vida cotidiana:

¹⁷ Además de las comunicaciones del mencionado congreso puede consultarse al respecto la breve exposición de Stébé y Marchal, 2010, p. 38-42.

¹⁸ Lefebvre, 2013, p. 381.

"...habitar, para el individuo o para el grupo es apropiarse de algo. Apropiarse no es tener en propiedad, sino hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio. Esto es cierto tanto para pequeños grupos, por ejemplo la familia, como para grandes grupos sociales, por ejemplo quienes habitan una ciudad o una región. Habitar es apropiarse de un espacio; es también hacer frente a los constreñimientos, es decir, es el lugar del conflicto, a menudo agudo entre los constreñimientos y las fuerzas de apropiación... Cuando el constreñimiento impide cualquier apropiación, el conflicto desaparece o casi desaparece. Cuando la apropiación es más fuerte que el constreñimiento, el conflicto desaparece o tiende a desaparecer en un sentido. En otro sentido estos casos de superación de los conflictos son casos límites y casi imposibles de alcanzar; el conflicto (...) lo resuelven en otro plano, el de la imaginación, el de lo imaginado. Cualquier ciudad, cualquier aglomeración, ha tenido y tiene una realidad o una dimensión imaginaria (...) y es necesario hacer un sitio a estos sueños, a este nivel de lo imaginario, de lo simbólico, espacio que tradicionalmente ocupaban los monumentos." ¹⁹

La introducción y equiparación del habitar como apropiación -por la cual el individuo y el grupo, sus vivencias, aspiraciones, tiempos, ritmos, actividades se inscriben en el espacio- se dirige al reconocimiento de los habitantes en la producción del espacio urbano (como deseo y necesidad de hacer), rompiendo así, de un lado, con el monólogo y la codificación socioespacial de los urbanistas; de otro -pero es éste un debate cruzado-, con la lectura mecanicista del estructuralismo. Esta tesis reafirma su concepción heterológica y heterotópica de la ciudad, conformada por lugares diferenciados, animados y calificados por la práctica de los habitantes (que incluye sus imaginarios), tan lejos pues de la representación isotópica de la planificación económica y funcionalista.

No puede equipararse la vida a una prótesis, esto es, no es equivalente el habitar al hecho de introducirse pasivamente en un medio estandarizado y cumplir con un protocolo social previsto e inerte. Programación y habitar se presentan, pues, como conceptos antitéticos para el autor, como lo son para el propio habitante. En este punto la argumentación lefebvriana se enriquece con las reflexiones de Heidegger y Bachelard sobre la Casa, cuyo contenido alcanza tras su exposición "una dignidad casi ontológica"²⁰. Ambos resaltan por igual el antagonismo radical entre la riqueza semántica, imaginativa y poética del habitar frente a la estrechez funcional y expresiva del hábitat. El habitar acredita a la vez actos múltiples y yuxtapuestos: vivir, inventar, imaginar, madurar, crear el espacio cotidiano, codificarlo y descodificarlo, siguiendo pautas culturales diversas, en un ir y venir a la vez práctico, lúdico y simbólico. Habitar es también, como lo expresaba Maïte Clavel²¹, insertarse en un vasto círculo de relaciones y paisajes por descubrir.

Detengámonos en las sugerentes consideraciones de Heidegger acerca del habitar, partiendo de los versos de Hölderlin, "poéticamente habita el hombre". En una trama nostálgica y algo "preterista", Heidegger emprende la precisión ontológica del habitar procediendo mediante la interrogación constante al lenguaje común y al que aparece en la filosofía y la poesía. En "Construir, habitar, pensar" (*Ensayos y conferencias*) muestra las resonancias que el término posee en el lenguaje (alemán) cuando sus acepciones no se limitan a la menguada concepción de la representación analítica, de la técnica o del economicismo. No habitamos porque hemos construido -dice Heidegger- sino que construimos en tanto habitamos, es decir, somos habitantes y somos en cuanto tales pues habitar es el rasgo fundamental de la condición humana, la ocupación por la cual el hombre accede al ser, deja que las cosas surjan en torno a

¹⁹ Lefebvre, 1975a, p. 210.

²⁰ Lefebvre, 2013, p. 174.

²¹ Maïte Clavel, 1982.

él y se arraiga. Yendo más lejos, relacionando el habitar con la construcción y el pensamiento, y la vocación de estos para con el habitar, el autor añade:

“La esencia del construir es el dejar habitar (...). *Sólo si somos capaces de habitar podemos construir.* (...) Pero el habitar es el *rasgo fundamental* del ser según el cual son los mortales. (...) Construir y pensar son siempre, cada uno a su manera, ineludibles para el habitar. Pero al mismo tiempo serían insuficientes para el habitar mientras cada uno lleve lo Suyo por separado el lugar de escucharse el uno al otro. Serán capaces de esto si ambos, construir y pensar, pertenecen al habitar (...). [los mortales pueden llevar el habitar a su plena esencia] cuando construyan desde el habitar y piensen para el habitar”²².

La enigmática formulación de Heidegger se presta sin duda al debate sobre el desencuentro entre la construcción de un continente pretendidamente racionalista y concebido (pensado) sobre un contenido igualmente concebido, si bien difícilmente asimilable al complejo existencial y evocador del habitar (experiencia, tiempo, verbo, símbolo...). De ahí el elocuente enunciado lefebvriano: “un alojamiento construido según las prescripciones económicas o tecnológicas se aleja del habitar como el lenguaje de las máquinas de la poesía”²³.

Otra contribución a este debate proviene del toponomástico de Bachelard quien en *La poética del espacio* aborda la evocación del habitar escudriñando las imágenes de la intimidad. Una constante entre estos tres autores (Heidegger, Bachelard y Lefebvre): los lugares habitados no pueden ser vistos como meros objetos; el habitar revela siempre una manera. Los recuerdos, los actos, los sentimientos son localizados. Bachelard otorga el nombre de *toponástico* al estudio sistemático de los parajes de nuestra vida íntima, ansiando leer la historia en el ambiente. “En este teatro del pasado que es nuestra memoria, el decorado mantiene a los personajes en su papel dominante. Creemos a veces que nos conocemos en el tiempo, cuando en realidad sólo se conocen una serie de fijaciones en espacios de la estabilidad del ser...”. De esta forma, Bachelard intentará mostrarnos la casa onírica, única, la que reúne el yo disperso, los sueños inventados y perdidos, las imágenes de abrigo, consuelo e intimidad, la comunidad de memoria e imagen, fuera de toda racionalidad.

“Porque la casa es nuestro rincón del mundo. (...) nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término. (...) En resumen, en la más interminable de las dialécticas, el ser amparado sensibiliza los límites de su albergue. Vive la casa en su realidad y en su virtualidad, con el pensamiento y los sueños”²⁴.

El ingenio de Bachelard, enardecido de ese onirismo toponástico, complementa bien las anotaciones lefebvrianas sobre el habitar y las del propio Heidegger. Todos ellos muestran su voluntad restauradora del ser-habitar frente a ese pensamiento operativo que construye inmuebles pero nada cercano a una vida digna de ser vivida. Pero mientras unas quedan enredadas en la alegoría del tiempo perdido (Bachelard) o en la fundamentación ontológica (Heidegger) el trabajo de Lefebvre se sobrepone a tales momentos, ensayando un análisis del habitar cotidiano, que es tanto habituación como ejercicio creativo en el presente incierto. Hemos visto como en la base de su argumentación la oposición entre valor de uso-valor de cambio ligada a la de obra-producto, arte-trabajo forman las categorías de una secuencia dialéctica que explica el desarrollo histórico desde la perspectiva marxiana y el conflicto Logos-Eros desde el vestigio nietzscheano. En este punto, las contradicciones hábitat-habitar,

²² Heidegger, 1994, p. 140-42. las cursivas son del autor.

²³ Lefebvre, 1975a, p. 153.

²⁴ Bachelard, 1992, p. 34.

espacio producido (dominado) frente a espacio apropiado y lo cuantitativo frente a lo cualitativo se suman a las anteriores, afinando su alcance y aplicación.

Una de las contribuciones más interesantes al estudio sobre el habitar se encuentra en la introducción escrita por Lefebvre a la monografía sobre los *pavillonnaires* que llevan a cabo investigadores del ISU, que mencionamos más arriba²⁵. Se trata éste de un examen muy original sobre el espacio residencial habitado que de ningún modo se limita a la relación más o menos evidente entre un tipo de hábitat y una clase social. La preocupación de Lefebvre y del ISU se mueve en torno al modo como sortear ese dilema aparente entre la operatividad del proyectista y la especulación del filósofo, como si fuese obligado elegir entre la superficialidad ejecutiva (identificada con el predominio de los problemas técnicos y científicos) y la profundidad estéril de una reflexión que no termina de cuajar su aplicación inmediata. Tal disyuntiva induce a elevar un conjunto de hipótesis donde anudar la problemática del habitar, poner de manifiesto sus dimensiones y despliegue. "La habitación, la mansión, el hecho de fijarse al suelo (o de desprenderse de él), el hecho de vivir aquí o allá (o de desarraigarse) estos hechos y este conjunto de hechos son inherentes al ser humano."²⁶

El habitar designa básicamente un hecho antropológico, un atributo propio del hombre cuyos modos varían según las sociedades en el curso de su historia y en virtud de esas totalidades que constituyen la cultura, la civilización, la sociedad a escala global: las relaciones y modos de producción, las estructuras y superestructuras morales, culturales e ideológicas. Esto se manifiesta, en particular, en los objetos del habitar, que cumplen una función instrumental y a la vez expresiva (de los valores simbólicos de una sociedad determinada). Pues el habitar está "constituido primeramente por objetos, por productos de la actividad práctica (...). Existen objetivamente o, si se prefiere, 'objetualmente', antes de significar; pero no existen sin significar. (...) Los bienes muebles e inmuebles que constituyen el habitar envuelven y significan relaciones sociales."²⁷ Igualmente, las formas o modalidades del habitar se expresan en el lenguaje, no sólo por prácticas y objetos funcionales y simbólicos. Esta proposición conduce al autor a precisar que la vida cotidiana exige una continua traducción al lenguaje corriente de estos sistemas de signos que son los objetos que conforman y sirven al habitar. Por último -siguiendo con las hipótesis lefebvrianas- el habitar se expresa "objetivamente" en un conjunto de obras, de productos que constituyen un sistema parcial: la casa, la ciudad, la aglomeración. Cada objeto tiene significación en el conjunto sensible que nos ofrece un texto social. Hay un doble sistema, el objetual y el semántico cuya correspondencia no es exacta pero si real y como tal debe ser estudiada.

El problema de la distancia entre discurso y práctica permanece. Esto permite considerar, de un lado, la distancia entre lo vivido imaginariamente y lo vivido en experiencia; también la distancia existente entre la pobreza de los objetos propuestos al "usuario" y la riqueza connotativa que éste proyecta sobre el "lugar" en tanto habitante. De otra parte, permite constatar las rupturas que entrecortan la cotidianidad de los habitantes. Hay que tener presente que la misma lógica de dominación y producción que preside la cotidianidad alienante penetra y conforma la morada del habitante: el usuario desea hacer de su vivienda el abrigo-hogar contra todo lo que ocupa esencialmente su cotidianidad (el trabajo, el ocio, las jerarquías, la monotonía, la violencia estructural...), como compensación. Pero este cuadro de vida le es

²⁵ Raymond, Hautmont, et al. *L'habitat pavillonnaire*, Paris : L'Harmattan, 1966

²⁶ Lefebvre, 2001, p.9.

²⁷ *Ibidem*. p.10

parcialmente impuesto, como en cierto modo su onirismo de corto recorrido: bien exterior, signo de su posición social. Hay convergencia de este medio de reproducción social con el de la esfera de trabajo: los medios y fines de su vida le son en gran medida ajenos. Así pues, la contradicción hábitat-habitar supone una puesta en evidencia de la permanencia y extensión de la dominación y alienación en el mundo moderno.

La civilización industrial occidental ha venido transformando sin cesar la vida cotidiana y sus marcos: en el trabajo, en el ocio, en la vivienda... En el ámbito de la producción espacial, en ese momento crítico que es la ordenación urbana, encontramos una intervención totalizante de agentes (políticos, promotores y planificadores) que determinan implacablemente los ritmos y vías de la existencia: un espacio abstracto para un sujeto abstracto. No podemos negar las determinaciones económicas, políticas, culturales, tecnológicas y económicas en el espacio construido: la fabricación de productos residenciales homogéneos, como un caparazón en serie. "Es probable que el bastión de lo privado, lo íntimo y lo doméstico, no sea ya una zona de refugio (...) sino que haya sido fagotizado por la mirada voraz de los numerosos expertos que desde la segunda mitad del s. XIX comienzan a querer proyectar la casa de todos: médicos, higienistas, criminólogos, reformadores, ingenieros, arquitectos, decoradores, etc. Toda una comparsa de portadores de saberes -y, por tanto, de poderes- que asaltan con armas y equipos el umbral de la vivienda."²⁸ Esa acumulación de racionalizaciones y anonimizaciones del alojamiento, en cuya lógica el ocupante deja de ser habitante para ser habitado en pasiva ha motivado una batería de críticas en las que, como hemos visto al hilo de los comentarios sobre Heidegger, Bachelard y Lefebvre, se cuestionan los planteamientos productivistas y alienantes del hábitat y la determinación del habitar por recrear el espacio de uso.

Podríamos remitirnos a distintos estudios sobre entornos residenciales donde se observaba cómo la construcción para un usuario anónimo generaba una multitud considerable de problemas imprevistos que requerían intervenciones posteriores (de distribución, de instalaciones, etc.). El uso cotidiano, sus necesidades concretas y sus aspiraciones, el imaginario asociado al habitar (proyecciones en el espacio) y la inversión afectiva hacia su entorno convergen en la modificación y apropiación del espacio social diferenciado, con modificaciones y rituales de marcaje de los actores y grupos sociales. ¿Y qué decir de los objetos que acompañan nuestra rutina y que construyen nuestro universo íntimo? Lefebvre encuentra en el pabellón (unifamiliar) una respuesta parcial a dicha *poiesis* del espacio:

"En el pabellón, de un modo sin duda mezquino, el hombre 'habita como poeta'. Por esto entendemos que su habitar es un poco su obra. El espacio de que dispone para organizarlo según sus tendencias y ritmos guarda cierta plasticidad (...). El espacio del pabellón permite cierta apropiación por el grupo familiar y por los individuos de sus condiciones de existencia. Pueden modificar, añadir, superponer a lo que les ha sido provisto lo que proviene de ellos mismos: símbolos, organización. Su entorno reviste así sentido para ellos; hay sistema de significación, e incluso doble sistema: semántico y semiológico, en las palabras y en los objetos."

Se aprecia la insistencia en vincular habitar y apropiación. El secreto de uno es el otro y viceversa, todo conformando una praxis (poiética) espontánea que hace del espacio y del tiempo obras sociales, comparables a las obras de arte: algo único a su modo, original, forjado casi sin intencionalidad. Con la producción racional y cuantitativa del espacio el secreto de la apropiación (cualitativa) del espacio desaparece. Esto es especialmente llamativo en los

²⁸ Teyssot, G. Lo social contra lo doméstico. la cultura de la casa en los dos últimos siglos, *Arquitectura & vivienda*, 14, 1988, p. 11.

polígonos de vivienda colectiva donde se procede por acometidas brutales, líneas rectas, cuantificaciones abstractas... y la posibilidad de apropiación desaparece a la vez que se desdibuja el concepto. No en vano, cuanto más funcionalizado y dominado está un espacio por los agentes que lo manipulan y reducen a pura instrumentalidad, menos se presta a la apropiación y a su reconocimiento²⁹. Sólo el habitar activo, el despliegue de usos, necesidades, deseos e imaginarios recupera poco a poco el sentido del habitar como apropiación.

Dimensiones de la socialización del espacio

Es posible establecer varias dimensiones enlazadas en la apropiación del espacio, una práctica que no se deja confinar en una modalidad única y unívoca. También precisar sus implicaciones, pues además del plano social-antropológico debe subrayarse el plano político (la transformación de la vida y la crítica de la Política y del Estado³⁰). Pese a su vinculación, las cuestiones relativas a la autogestión generalizada, la conflictividad urbana, los procesos de participación ciudadana en la gestión y el diseño de la ciudad o el derecho a la ciudad tienen un tratamiento específico que no es posible tratar aquí. Nos centramos en lo primero, pues, donde se advierte que la apropiación implica un juego bien trabado de dimensiones procedentes de una práctica originaria, el uso. En esta socialización del espacio es donde Lefebvre hace descansar el estatus teórico y crítico de la apropiación frente a la dominación y el intercambio, y es sobre el uso donde reposa todo cuanto evoca el habitar: la inversión afectiva sobre el espacio; la habituación cognitiva; el simbolismo del espacio; y los imaginarios espaciales.

La apelación constante al uso (valor de uso) del espacio, sea privado o público, interno o externo, responde a la crítica de esa reducción de la que ha sido objeto la ciudad, degradada a mero ámbito de dominación y mercancía. El uso apunta a la creación de una obra, a la inscripción de un tiempo en un espacio concreto, subjetivo: el espacio de los sujetos. Tiempos, ritmos, actividades cotidianas o no (festivas), no pueden someterse a una cuantificación abstracta, sea en el ámbito residencial, en el espacio de flujos, transición y encuentro (calles) o en el de la ciudad global. El uso no puede definirse por la función, porque el espacio vivido, complejo y diversificado del usuario incorpora asimismo aspectos transfuncionales y multifunciones, abraza en una unidad formas y estructuras (percepciones y concepciones). Por eso para el autor la ciencia del espacio –si la hubiere– sería ante todo una ciencia del uso.

El espacio del usuario incorpora las vivencias diferenciadas de los sujetos y su inversión afectiva. Por ésta debemos entender el proceso por el cual un individuo o un grupo valora un objeto -una casa, una calle, la ciudad o su entorno de acción- y derrama sobre él su potencial afectivo, sus capacidades de acción, intentando hacer de él una obra, algo a su imagen, a sus deseos, a sus recuerdos, a sus tiempos. Aquí se pone de manifiesto que la apropiación, entendida como identificación, inversión afectiva y reconocimiento no equivale al acto de posesión jurídica. Mediante esa inversión que se despliega en el uso y en la forja cotidiana del espacio el individuo y el grupo transforman en su bien (de uso, simbólico) algo exterior; de ahí, se habla de un espacio y un tiempo apropiado por el grupo que habita la ciudad. Este habitar se caracteriza por la búsqueda continua de un espacio flexible, apropiable. Los habitantes adaptan el espacio a sus ritmos, aportan a la ciudad unas maneras de obrar, de vivir. Estas transformaciones de la vida

²⁹ Lefebvre, 2013, p. 389.

³⁰ *Ibidem*, p. 418.

cotidiana modifican la realidad sin apartarse de ella; de hecho, en el curso de la historia, hacen del espacio urbano un lugar y un medio, un teatro de las experiencias comunes, de las interacciones sociales. Se advierte aquí que el deseo y acto de apropiación no puede ser reducida a un conjunto de prácticas realizadas en el aislamiento. Por la apropiación, como acto colectivo, se hace del espacio urbano un espacio social, y del tiempo un tiempo social. Cuando la apropiación no existe, por la imposición de distintas coacciones, el espacio de la ciudad es tan sólo una parte del espacio analítico y el tiempo social coincide con el tiempo cronométrico, lineal, el tiempo de la producción.

Siguiendo en esta dirección sabemos que los objetos son dispuestos en el espacio atendiendo a una jerarquía de valores. En el caso de la producción del espacio social la manifestación de una oposición centro-periferia responde a una jerarquización valorativa y social que tiende a asignar espacios diferentes a grupos desiguales o a pensar en esos términos según las desigualdades de status, clase o raza, etc. La presencia de valores asociados a los espacios (que determina en parte el sentido de lugar del espacio concreto) se pone en evidencia en esos espacios representativos y/o de poder: el centro urbano como eje del mundo, ocupado por instituciones del estado y de las multinacionales tras operaciones de renovación radical. El simbolismo del espacio reenvía a una simbolización de la vida social, de las relaciones sociales, que se efectúa desde el espacio orgánico del cuerpo hasta el entorno construido: la diestra y la siniestra, el arriba y el abajo, las diferencias entre el "fuera" y el "adentro", "lo que está delante" y "lo que está detrás", la escena y lo obscuro. Este juego de simetrías y asimetrías, estas relaciones espaciales significativas se anudan a unas maneras de ser típicamente culturales, que prescriben lo correcto, lo decente, lo que es susceptible de ser mostrado y lo que debe ocultarse, empezando con el cuerpo como primer espacio. Las culturas perfilan las formas en que debe socializarse el espacio mediante su marcaje como ámbito apropiado del grupo. Pero siempre hay elementos de innovación, nuevos significados atribuidos a los lugares. Esto se observa en los rituales y establecimientos que los jóvenes realizan en la determinación simbólica de sus espacios-tiempo. El simbolismo evoca un mundo oculto pero reconocible para los iniciados que es importante tener presente para explicar las atracciones y las repulsiones del lugar, que a su vez desarrollan o contienen sentimientos de identificación y apropiación.

Pero una dimensión fundamental del habitar y, por tanto, de la apropiación del espacio es el imaginario habitante. Los habitantes viven su casa, su ciudad, su barrio e imaginan estos espacios a un mismo tiempo. Al discurso racional sobre las funciones precisas de cada espacio, a la programación realizada desde arriba, en la jerarquía del saber y del poder, los habitantes oponen la tozudez de su imaginario, de sus representaciones y sus prácticas ciudadanas. Invisten el espacio con detalles que pasan por alto los más distinguidos diseñadores, lo cargan de fantasías y de recuerdos. El espacio vivido es también fabulado y por eso el planificador fracasa estrepitosamente cuando procura un envoltorio abstracto al habitante y se arroga el derecho a definir el destino de una vida ajena, fijando las normas, cauces y modalidades del habitar. Esta deformación onírica de la ciudad es otra dimensión de la apropiación del espacio; evidencia que el vínculo entre espacio y vida social no es mecánico ni directo y si manifiestamente más complejo de lo que sugieren determinadas propuestas urbanísticas. Al respecto Chombart de Lauwe observaba que en el encuentro de los aspectos afectivos y cognitivos (habitación y uso) surgen las aspiraciones de modificar el espacio construido, en relación con un imaginario y una simbólica social, propia de una sociedad, de una cultura. Así, apropiarse de un espacio construido consistiría en esencia "en poder ajustar el

espacio objeto y el espacio representado, lo que proporciona una impresión de familiaridad cognitiva, y en poder asociar el deseo a la representación y a la utilización de los objetos en el espacio, lo que da una impresión de familiaridad afectiva³¹. Esta apropiación se asocia a una habituación que otorga impresiones de placer, plenitud y posesión.

El espacio significativo debe buscarse, por tanto, más allá del uso habitante y de las prácticas funcionales del espacio para adentrarse en el imaginario. El "habitar" como acto creativo y de apropiación no será aprehensible únicamente por la observación directa del uso del espacio sino por la incorporación del imaginario espacial a los modos de vida. En *La poética de la ciudad*, Pierre Sansot proclamaba que la realidad del espacio y de las ciudades, en general, se difuminan cuando lo imaginario se debilita.

En definitiva, el espacio vivido por el sujeto y/o por el grupo social es ante todo su espacio de acción e imaginación. El grado de apropiación dependerá no solo de estas dimensiones anteriores, sino también de la libertad y determinación de acción sobre él y, lógicamente, del hecho de participar activamente en su conformación o producción. En este sentido, el análisis de la apropiación del espacio en sus dimensiones antropológicas y psicosociales no puede ignorar las determinaciones sociales y políticas de la producción del mismo, entre otras la propiedad del suelo, sin que por esto la apropiación pueda reducirse a una mera posesión jurídica del espacio. Sin embargo, la ciudad no puede sino ser un bien colectivo y su reivindicación permanente forma parte de esa lucha contra la dominación y la funcionalización de su vida social.

Conclusiones y aperturas

La argumentación lefebvriana sobre el habitar y la apropiación -uno de los conceptos "más importantes que nos ha podido legar siglos de reflexión filosófica"³²- se plantea como (a) un momento de la crítica dirigida a rehabilitar la presencia del sujeto en la producción de la ciudad; y (b) en términos de una reivindicación militante respecto al sentido de ésta, el cual se vincula al residuo grecolatino que idealiza la ciudad como cultura y civilización frente al dogmatismo sumario de aquellas concepciones que reducen la ciudad a mera función (económica y/o política). Esta perspectiva impide el establecimiento de límites sociales y espaciales en el proceso de apropiación, dado que se define en su propio despliegue. No es en sentido estricto un proceso virtual, pues se practica, pero en sus propósitos de emancipación se sitúa como horizonte o meta. Ahora bien, en ocasiones se distorsiona el significado y las intenciones sociales de la apropiación tal como lo planteó el autor, y se opta por una apropiación *de facto* reclusa, limitada, o lo que entiende es mera desviación: apropiación parcial, de resistencia, de ocupación, que puede ser útil para innovar en la producción de esos "espacios otros", espacios diferenciales: los que corresponden a una nueva sociedad.

La apropiación del espacio, pues, no sólo se erige en un concepto-llave que permite ir más allá de lo que el análisis de la producción del espacio consentía; además, al mostrar las contradicciones inherentes a esa modalidad de producción capitalista y al dominio estatal, se presenta como instrumento crítico para afrontar la mediación uso habitante-espacio planificado. En otro plano se presenta como medio y fin para la superación de la enajenación humana. En la apropiación y por

³¹ Chombart de Lauwe, 1975, p. 28.

³² Lefebvre, 1975, p. 164.

ella, los hombres se reconocerían en la realidad social creada activamente por ellos, a través de cualquiera de sus elementos, captándose como copartícipes en la construcción de su obra y de su ser social. La superación de esta situación no descansa -tal como Hegel creyó- en la filosofía, sino precisamente en el despliegue combativo y constante de las posibilidades del ser social. La desalienación se define por la superación y resolución del conflicto que opone la actividad (creadora y productiva) a sus resultados. Esto implica una búsqueda sobre la relación entre la actividad humana (social) y las obras y los productos de esa actividad (y, lógicamente, las relaciones sociales), tanto a escala de una cotidianidad radical (uso, habituación, pequeñas transformaciones del espacio) como a escala de la transformación social (la revolución urbana, los movimientos sociales, la autogestión generalizada).

La apropiación del espacio-lugar remite así tanto al hecho físico de la ciudad (configuración urbana) como al conjunto de significaciones y relaciones implicadas en la vida social de la ciudad. De ahí que los lugares no sean neutros para los grupos: los pequeños procesos, las pequeñas apropiaciones, tienen sentido en el movimiento de la superación colectiva del estado de desapropiación (alienación, expropiación, enajenación y segregación del Otro). La ciudad como conjunto relacional es el horizonte.

Todo lo anterior debe hacernos sentir insatisfechos con ciertas apropiaciones de corto recorrido así como desconfiar de aquellas otras que, limitadas en sus objetivos, no conducen sino a la aporía del localismo y a la celebración de su contenido comunitario. La apropiación imaginaria y afectiva desanclada del nudo teórico-práctico anterior puede ser, incluso, fomentada por sus efectos perversos³³. La extrema "incorporación del espacio en el Yo" (D. Harvey), la territorialidad como frontera del Nosotros (en el barrio, en la casa familiar, en la privacidad...), invierte el sentido de la apropiación: los individuos no sólo quedan atrapados en el espacio sino privados del Otro y de la posibilidad de un espacio-otro. Evidentemente el propósito del autor apunta a la idea de una sociedad diferente, la sociedad urbana (que estima en proceso de constitución), o al derecho a la ciudad entendido como derecho de acceso a las ventajas materiales y simbólicas de la ciudad, a la centralidad como bien cultural y forma del encuentro con el Otro. El grado que ha alcanzado la urbanización en nuestras sociedades, la segregación creciente y las desigualdades sociales (de renta, de instrucción, de movilidad) actúan en contra de la posibilidad de alcanzar esa experiencia urbana compartida y la realización de la sociedad. Pero no por ello hay que renunciar a la ciudad como totalidad social, cultura y proceso.

³³ Al respecto merece detenerse en la consideración de Moles y Rohmer sobre la apropiación imaginaria fomentada en situaciones límite: "Apropiación. Hogar y rutinas: En el lugar de mi apropiación, consumo gran parte de mi tiempo, de mi presupuesto temporal; hago un número mayor de acciones habituales y prácticas rutinarias de vida. Es decir, en el lugar de apropiación (...) hago un proceso de habituación (...) He aquí un ejemplo extremo de apropiación del espacio: en la construcción de vastos campos de prisioneros en 1945, estos, que no tenían casi nada, trabajaron para constituirse mediante intercambios, artesanía, compras, un pequeño *stock* de objetos personales. Aquel que quisiera evadirse tenía que enfrentarse, previamente, al obstáculo psicológico de deshacerse y desligarse de sus 'objetos personales'. Este obstáculo era considerable: algunos no eran capaces de ello, o sea que una de las maneras de ligar al prisionero a su prisión es darle la posibilidad de constituirse un 'pequeño mundo' de objetos privados". En este caso, se puede apreciar que la habituación al espacio y a los objetos, la afectividad volcada sobre ellos, es la fuente de ese obstáculo psicológico que se encuentra en la resistencia de muchos individuos afectados por desalojos o traslados, sobre todo en ancianos y críos. Vid. A. Moles y E. Rohmer, *Psicología del espacio*, p. 59, 1990.

Referencias bibliográficas

ANSAY, Pierre y SCHOONBRODT, René. *Penser la ville. Choix de textes philosophiques*. Bruselas: AAM, 1986.

BACHELARD, Gaston. *La poética del espacio*. México: FCE, 1992.

CHOAY, F. *Urbanismo: utopías y realidades*. Barcelona: Lumen, 1983.

CHOMBART DE LAUWE, Paul Henri. Appropriation de l'espace et changement social. In Congreso de Estrasburgo, *L'appropriation de l'espace*, p. 25-32, 1975.

CLAVEL, Maïte. Éléments pour une nouvelle réflexion sur l'habiter. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 29, 1982, p. 17-32.

DEULCEUX, S. y HESS, Remi. *Henri Lefebvre. Vie, œuvres, concepts*. París: Ellipses, 2009.

DEVISME, L. *Actualité de la pensée d'Henri Lefebvre à propos de l'urbain: la question de la centralité*. Tours: Maison des sciences de la ville, 1998.

ELDEN, Stuart. *Understanding Henri Lefebvre*. Londres: Routledge, 2003.

GOONEWARDENA, K., KIPFER, S. et al. *Space, Difference, and Everyday Life: Reading Henri Lefebvre*. Londres: Routledge, 2008.

GRAUMAN, C. F. Le concept d'appropriation (*aneignung*) et les modes d'appropriation de l'espace. In Congreso de Estrasburgo, *L'appropriation de l'espace*, 1975, p. 127-135.

HARVEY, David. *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI, 1979.

HARVEY, David. *Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal, 2013.

LEFEBVRE, H. *Critique de la vie quotidienne (I): Introduction*, París: L'Arche, 1958.

LEFEBVRE, H. Les nouveaux ensembles. *Revue Française de Sociologie*, 1, 1960, p.186-201.

LEFEBVRE, H. *Critique de la vie quotidienne (II): Fondements d'une sociologie de la quotidienneté*, París: L'Arche, 1962.

LEFEBVRE, H. *Position contre les technocrates*. París: Gonthier. 1967.

LEFEBVRE, H. *Sociología de Marx*. Barcelona: Península, 1969

LEFEBVRE, H. *Introducción a la modernidad*. Madrid: Tecnos, 1970.

LEFEBVRE, H. *El materialismo dialéctico*. Buenos aires: La pléyade, 1971.

- LEFEBVRE, H. *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península 1975a
- LEFEBVRE, H. *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península 1975b.
- LEFEBVRE, H. *Espacio y política*. Barcelona: Península, 1976.
- LEFEBVRE, H. *Critique de la vie quotidienne (III): De la modernité au modernise (Pour une métaphilosophie du quotidien)*. París: L'Arche, 1981.
- LEFEBVRE, H. *La revolución urbana*. Madrid: Alianza, 1983.
- LEFEBVRE, H. *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza, 1984.
- LEFEBVRE, H. Préface. In RAYMOND, H., HAUMONT, N. et al. *L'habitat pavillonnaire*. París: L'Harmattan, 2001, pp. 7-23.
- LEFEBVRE, H. *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing. 2013 (Introducción y traducción de Emilio Martínez)
- HEIDEGGER, Martin. Conferencias y artículos. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1994.
- MARTINEZ, E. Breve bio-bibliografía de Henri Lefebvre. *Urban*, NS02, p. 7-13.
- MARTINEZ, E. Ciudad, espacio y cotidianidad en el pensamiento de Henri Lefebvre. In LEFEBVRE, *La producción del espacio*, 2013, p. 31-50.
- MOLES, A. y ROHMER, E. *Psicología del espacio*. Barcelona: Círculo, 1990.
- PELLEGRINO, P y NEUES, J. L'architecture et la projection des rapports sociaux sur le sol: effet, représentation et production de l'espace. *Espaces et Sociétés*, 1994, nº 76, p. 59-68.
- RAYMOND, H., HAUMONT, N. et al. *L'habitat pavillonnaire*. Paris: L'Harmattan, 2001.
- ROSE, Ed. Generalized Self-Management: the position of H. Lefebvre. *Human Relations*, 1978, vol. 31, 7, p. 617-630
- SANSOT, Pierre. *La poétique de la ville*. París: Seuil, 1973.
- STÉBÉ, J.-M. Y MARCHAL, H.. *La sociologie urbaine*. París: PUF, 2010.
- TEYSSOT, Georges. Lo social contra lo doméstico. La cultura de la casa en los dos últimos siglos. *Arquitectura & Vivienda*, nº 14, 1988. Madrid.